

# LA GUERRA CIVIL EN ARACENA

*Mario Rodríguez García*

## ANTECEDENTES

La situación política en España a finales de los años 20 se ve marcada por la decadencia de la institución monárquica que, bajo la presión económica de la crisis del 29 (crack de la Bolsa de Nueva York), cedía paso a ideales políticos diferentes. La II República Española se gestaba en las mentes más preclaras del país y en los objetivos políticos de figuras relevantes del momento. El apoyo del rey a la dictadura de Primo de Rivera durante siete años contribuyó a la pérdida de apoyo del monarca.

Alfonso XIII, que en 1931 dejaría España en dirección a Francia, estuvo en 1929 en Aracena, con ocasión de la inauguración de la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Realizó una visita a la Gruta de las Maravillas e inauguró lo que se preveía como Parador Nacional de Turismo, el edificio de «Las Carabelas». Gozó por un día de la hospitalidad de esta tierra en compañía del marqués de Aracena, don Francisco Javier Sánchez-Dalp y Calonge. Era alcalde en aquellos momentos Zacarías Rodríguez López. No era la primera vez que nos visitaba el rey, ya que lo hizo en 1915 en una visita relámpago durante la que visitó a su amigo el marqués y pudo contemplar el primer recorrido de la Gruta de las Maravillas.

El 14 de abril de 1931, España se acostó monárquica y se levantó republicana, según un conocido aforismo, pero la realidad es bien otra. La República pedía a gritos su implantación con el movimiento sindicalista y político que estremecía el país.

Sólo un mes tardó en llegar a Aracena el resultado de las elecciones de abril. El día 20 de mayo de 1931 se destituyó al alcalde, que era Rafael Pérez Tello, y en su lugar se hizo cargo del Ayuntamiento de la ciudad una comisión formada por Alfonso Castellano, Pedro Ceballos y José Díaz.

Esta comisión duró hasta el 12 de junio, en que se haría cargo del gobierno municipal Rafael Ortiz Sánchez.

Los cambios que se originaron en el seno del Gobierno nacional, con modificaciones de izquierda a derecha (en 1933) y de derecha a izquierda (en 1936) se reflejaron en los representantes de la gestión municipal. Desde el 20 de mayo de 1931 hasta el 21 de febrero de 1936 se sucedieron seis equipos de gobierno diferentes: la citada comisión gestora (20-5-1931 a 12-6-1931), Rafael Ortiz Sánchez (12-6-1931 a 12-12-1932), Rafael Pérez Tello (12-12-1932 a 31-8-1934), Alfonso Madrid Alcaide (31-8-1934 a 31-12-1934), Manuel Díaz Martínez (31-12-1934 a 20-2-1936) y nuevamente Rafael Pérez Tello (hasta el 18 de agosto de 1936). Este último recibe una carta de adhesión a su regreso firmada por el presidente de la Sociedad de Obreros, Campesinos y Artesanos, el presidente del Partido Socialista, el Secretario de la Unión Republicana y el Presidente de la Sociedad Recreativa Casino de Artesanos de Aracena.

Desde finales de 1934 se inician una serie de gestiones municipales encaminadas a la promoción local y al desarrollo de Aracena. Se envían fotos y propaganda de la Gruta de las Maravillas a los Libros de Oro de Madrid, Alicante y Zaragoza, se ceden terrenos para la construcción del cuartel de la Guardia Civil en su ubicación actual, se inician los trámites para la construcción del Grupo Escolar de San Pedro y se estudia la posibilidad de iniciar un desarrollo urbanístico a través de la apertura de una Gran Vía que, partiendo de la Plaza Marqués de Aracena, se dirigiera hasta la urbanización Aracenilla, en la salida hacia Alájar. (Se encargó del proyecto al arquitecto sevillano José Galmores Sagastizábal.)

El paseo de la Plaza Marqués de Aracena se ve restaurado y se inaugura en agosto de 1935.

La enseñanza como bastión fundamental de la República se ve también ensalzada por la creación de una escuela de desdoble en La Umbría y de un parvulario en Aracena.

Finalmente, se realizan funciones sociales con ayudas a la Sociedad Protectora del Servicio del Asilo y a la tómbola de beneficencia de San Vicente de Paúl. También se incorpora el Hospital Municipal al de la Misericordia.

Un gesto importante manifiesta el carácter populista de los dirigentes en Aracena. La reclamación por parte de la sociedad Nueva Hullera Carleodopol de la mina situada en la ladera del Castillo se ve rechazada en repetidas ocasiones por el Ayuntamiento, alegando que en su término se encuentra la Gruta de las Maravillas y que ésta es solamente patrimonio del pueblo aracenes.

Una nueva fecha, el 20 de enero de 1936, en que se comunica la disolución de las Cortes Generales y se convocan elecciones para el 16 de febrero (Domingo de Carnaval), marcará el inicio de un nuevo periodo en la historia de Aracena.

Disturbios populares, reflejo de la situación caótica que se vive en el resto del país, como la demanda de la Sección de Valdezufre de la Sociedad de Obreros, Campesinos y Artesanos para ocupar la finca de «Los Llanos», de Amparo Cañizares Álvarez, o la reiterada insistencia del grupo socialista y las fuerzas vivas del Frente Popular para destituir de sus cargos a los funcionarios no adictos al régimen republicano, van preparando el terreno a los enfrentamientos que culminarán en los hechos de la Guerra Civil.

La República había procedido al reparto de tierras entre los campesinos, hecho que tuvo efecto no sólo en la mencionada de «Los Llanos», sino también en el Monte Perinal y otras. Se tomaron medidas que eran impopulares entre las clases acomodadas, como la obligación de contratar a parados para labores del campo, de grado o por fuerza.

Aracena, en la primera mitad de los años 30, se mueve al son que marca el resto del país, con intentos de conseguir logros sociales y con reacciones a éstos, con iniciativas influenciadas por la revolución obrera de Asturias y con gestos de adhesión a la causa republicana como los cambios en los nombres de las calles que se indican:

La calle San Blas pasa a llamarse Martínez Barrio; la de José Andrés Vázquez, Ramón y Cajal; la del Sagrado Corazón, González Peña; la de Alcalá Zamora, Azaña; la de Pablo Cañizares, Jiménez Asúa; la de Eduardo Dato, Huelva, y la de Huelva, Tenerías.

Cambios que no debieron llegar a producirse por falta de tiempo.

La vida en las aldeas tampoco carece de movimiento y en ellas se desarrollan algunos núcleos sindicalistas de importancia, como es el caso de Carboneras, con un sindicato socialista, o el de Valdezufre, donde hay una gran tendencia comunista. Castañuelo es totalmente partidaria del sindicato socialista y en La Umbría se desarrolla otro núcleo socialista, aunque menos agresivo en aspectos religiosos, más dedicado a la propagación de «diversiones poco honestas y decentes». En todas las aldeas se lee prensa sectaria, así como en Aracena, donde la célula socialista existente se recuperaba de tiempos de decadencia. Existía un lugar de reuniones sindicales que estaba en una esquina del Cabezo.

Las elecciones de febrero de 1936 mostraron que la Sierra de Aracena era un bastión de las derechas. Ganaron en Aroche, Arroyomolinos de León, Cañaverál de León, El Castaño, Cortelazor, Cumbres Mayores, Cumbres de Enmedio, Fuenteheridos, Galaroza, Higuera de la Sierra, Jabugo, Linares de la Sierra, Los Marines, Santa Olalla y Valdelarco.

Las izquierdas obtuvieron mayoría en Alájar, Almonaster, Cala, Cortegana, Cumbres de San Bartolomé, Encinasola, La Nava, Puerto Moral, Santa Ana y Zufre. Tanto Aracena como Corteconcepción llegaron a un equilibrio casi perfecto, decantado hacia la izquierda en Corteconcepción (305-303 votos) y a la derecha en Aracena (1.492-1567). El poco margen alcanzado por las derechas en el mayor núcleo poblacional de la Sierra se debe en buena medida a las aldeas.

Esta es la situación de Aracena en un momento en que las izquierdas se hacen fuertes en la zona de la cuenca minera. Riotinto y Nerva se convertirán en los enclaves políticos más propensos a la movilización y de mayor resistencia a las medidas antisociales. Será el mayor núcleo de resistencia de la provincia al levantamiento militar que se va a producir el 18 de julio de 1936.

Cabe resaltar un núcleo importante en la Sierra de Aracena, donde se está desarrollando un grupo político de ideología carlista, bajo la tutela del líder más influyente del momento: Manuel Fal Conde. Este hombre, natural de Higuera de la Sierra, es la cabeza visible del movimiento monárquico carlista en el país. Ha organizado el primer carlismo andaluz, recaudando dinero y reclutando miembros. Fal Conde, abogado de profesión,

es nombrado en mayo de 1934 Secretario General Real. Propugna entonces una separación de los otros grupos monárquicos.

Manuel Fal Conde será uno de los conspiradores que prepararán el levantamiento del 18 de julio. Junto a Sanjurjo, exiliado en Lisboa, propone la disolución de todos los partidos políticos y el establecimiento de un gobierno de solo tres hombres: Sanjurjo, como presidente y encargado de Defensa; un ministro de Educación y un ministro de Industria (José Antonio Primo de Rivera había sido propuesto para uno de los cargos).

Había estado en la cárcel desde mediados de agosto de 1932 hasta noviembre del mismo año, acusado de su participación en el levantamiento fracasado de Sanjurjo en Sevilla (la «sanjurjada»), y desde allí, incluso, continuó su labor de organización del Tradicionalismo en Andalucía.

En 1933 partió en una expedición carlista hasta Zumárraga (Navarra), donde se iba a celebrar un concurrido acto de la Comunión Tradicionalista. Al ser prohibido éste, continuó camino hasta San Juan de Luz (Francia), donde se encontraba D. Alfonso Carlos, el candidato a la Corona de los carlistas. Allí, Manuel Fal Conde fue reconocido como líder del carlismo.

En 1936, cada vez más convencido de la necesidad de emprender la lucha armada, establece un plan para el alzamiento con Sanjurjo y el príncipe D. Javier. Las operaciones comenzarían en la Sierra de Aracena, un lugar cuya topografía había sido perfectamente estudiada por el comandante Luis Redondo. El nombre clave del lugar donde se iniciarían las operaciones sería «El reducto de Encinasola».

Posiblemente, algunos aracenses que después se sumarían al alzamiento participaron en la preparación del levantamiento en esta zona, entre ellos Zacarías Rodríguez López, que por orden del Gobierno Civil de Huelva permaneció en la cárcel de Aracena desde el 2 al 13 de abril de 1936.

El papel de Fal Conde en la rebelión del 18 de julio fue de gran relevancia, ya que a instancia de la Comunión Tradicionalista que dirigía, la bandera bicolor fue la que se utilizó en el levantamiento. Participó activamente en las campañas de la Sierra de Aracena, Antequera, Somosierra y el

Cerro de los Angeles, y fue el primero que entró en San Sebastián y en el Alcázar de Toledo.

Su participación en la Sierra de Aracena la veremos más adelante, cuando el 18 de agosto de 1936 el Requeté, en la Columna Redondo, hace entrada en las calles de la ciudad.

Otro personaje que tuvo vinculación con la Sierra de Aracena en los días anteriores a la Guerra Civil fue el diputado de la Unión Republicana Diego Martínez Barrio. Había sido presidente del Gobierno en 1933, ministro de Gobernación en 1934 y presidente de las Cortes desde marzo de 1936. Al parecer se había quedado en un cortijo situado en la carretera de Portugal a Aracena y tenía amistad con algunas personas de Aracena como Rafael Pérez Tello, ambos militantes en la masonería.

Las funciones gubernativas del Ayuntamiento de Aracena se recogen hasta la sesión, reflejada en acta capitular, del día 26 de junio. A partir de ese momento, y hasta el día 18 de julio, debió reunirse el pleno en tres ocasiones más, cuyas actas no están recogidas, pero que puede deberse a que la redacción de las mismas se hiciera con relativo retraso, habida cuenta de que eran sesiones casi de trámite.

Sin embargo, a partir de ese día la situación varía y los acontecimientos en Aracena se precipitan entre la perplejidad de las instituciones y el entusiasmo de los sindicatos.

El pueblo se ve envuelto en una vorágine que marcará a todos sus habitantes hasta casi las postrimerías del siglo.

## **LA GUERRA CIVIL**

El 18 de julio de 1936, Franco, Mola, Queipo de Llano, Cabanellas, Sanjurjo y otros oficiales se han levantado contra el gobierno. El ejército se rebela en algunos puntos del país mientras en otros se mantiene fiel al régimen. La igualdad inicial impide la culminación del alzamiento y la represión del mismo. La lucha se hace ya inevitable.

Desde el mismo día 18 de julio, en que se conoce la noticia del alza-

miento en Marruecos, la población de Aracena va a atravesar por una crisis de indeterminación y de indecisión que se agudizará por el vacío de poder que se produce.

Posiblemente el Ayuntamiento deja de funcionar en un estado de apatía y de indolencia que quizá no le correspondía. La Guardia Civil sigue actuando con normalidad y dando sus rondas nocturnas, aunque sin definirse con claridad en una u otra postura. La gente de Aracena y sus aldeas aún no saben qué tipo de movilización es la que se ha producido. Algunos, cuando le comunican que ha habido un levantamiento, responden preguntando «¿De qué signo?». Así de turbias están las cosas tanto a nivel local como a nivel nacional en aquellos días.

Sólo la iniciativa popular, canalizada por el Sindicato Socialista, se hace cargo de la situación en el pueblo. Algunos jóvenes buscan dirigentes entre los líderes sindicales de las aldeas, pero éstos rehusan.

De la misma manera que en el resto de Andalucía, la revolución toma un carácter anárquico y los ayuntamientos se funden con los Comités de Defensa populares. El control de los servicios y de las carreteras quedaba en mano de los milicianos nombrados por el Comité.

Un médico dentista y Alfonso Castellano, marido de la telegrafista de Aracena, parecen ser las personas encargadas de la organización del pueblo, donde ha sido nombrado delegado gubernativo don Luis Morón Moreno. Como medida preventiva y como acto emergido de los Comités de Defensa, se encarceló a personas prominentes de derechas que podían sumarse al alzamiento, con ánimo tanto de evitar esto como de impedir desmanes por parte de algunos exaltados. Se recogen todas las radios del pueblo y sólo se autoriza una en el centro sindical para oír Radio Madrid.

No hay que olvidar que en toda España, al cesar el poder soberano, y en ausencia de éste, algunos individuos y ciudades actuaron sin control.

El centro de organización y de operaciones se establece en los locales del Casino de Artesanos, que estaba situado en la esquina de la Plaza del Marqués de Aracena que ahora ocupan los Almacenes «El Carmen». Se instala un comedor colectivo en el edificio que se iba a destinar a Parador de Turismo y que después sería Sanatorio Nuestra Señora del Carmen.

Para abastecerlo, se incautaron reses de los ganaderos más pudientes de la zona y cereales de los agricultores con más posibles.

En Aracena, las actividades no son tan violentas como para ocasionar muertes, pero según testigos unas setenta personas fueron detenidas, la mayoría encarceladas y quizá algunas retenidas en sus propias casas o en el Hotel San Francisco, que se encontraba casi frente al Ayuntamiento, en la actual calle Blas Infante. Uno de los retenidos en el hotel fue el abogado y maestro Manuel Siurot, que relata así aquellos momentos:

*«La privación de libertad llegaba hasta el extremo de que no se podía reír, porque eso era una provocación; no se podía estar serio, porque eso era por algo; no se podía abrir la ventana a la calle, porque eso era espionaje, y no se podía cerrar, porque eso era conspiración. En el hotel vivíamos siempre invadidos de comunistas; bombas, fusiles, dinamita y blasfemias eran nuestros compañeros de vivienda... Cuando ya estaba la cárcel llena de hombres honrados, se discutía en la mesa del comedor del hotel qué clase de muerte había que darle a los presos. En esta discusión aplaudí en mi alma a los de Nerva y Riotinto, que se opusieron tenazmente a que se matase a los pobres detenidos sin previo juicio, mientras que los de Aracena querían quemarlos vivos sin más trámites. Digo que cuando las cosas estaban en esta altura, el Comité Comunista Revolucionario acordó que fuera yo conducido a la cárcel de grado o por fuerza, pues como católico era yo sumamente peligroso. No me encarcelaban por político, sino por católico.»*

Ante esta descripción de la situación cabe pensar que las detenciones se producen paulatinamente, aunque la mayor parte de ellas quizás se habían llevado a cabo antes del 10 de agosto, en que grupos de mineros llegan a Aracena.

De cualquier forma, en el periodo que transcurre entre el 18 de julio y el 10 de agosto, la pasividad de los municipios locales se ve condicionada por la actitud del Gobierno Civil de Huelva. La capital de la provincia se mantiene fiel a la República, y el mismo día 18 el general Pozas (director general de la Guardia Civil) ordena desde Madrid la formación de una columna en Huelva que se dirija a Sevilla para contrarrestar el golpe de mano dado por Queipo de Llano. Esta columna, que irá al mando del comandante Gregorio de Haro, se forma con fuerzas de la Guardia Civil,



de la Guardia de Asalto y de los Carabineros, y solicita ayuda a los anarquistas de Nerva y Riotinto, a través del diputado socialista Luis Cordero Bell. Haro sale antes para Sevilla y allí se pasa a los rebeldes a las órdenes de Queipo de Llano. Este lo envía a contener a los mineros y el enfrentamiento se produce en La Pañoleta, el 19 de julio. Veintiséis mineros mueren y sesenta y nueve caen prisioneros. De ellos, sesenta y ocho son condenados a muerte y uno (por ser menor de edad) a cadena perpetua.

El desenlace de este episodio conlleva una oleada de rabia en Huelva, que se ve abocada a algunos actos vandálicos, aunque se presta protección a los encarcelados ante los deseos homicidas de las milicias populares.

La propia Guardia Civil de Huelva, que permanece fiel a la República y protege a los presos, será la que se sume al alzamiento el 28 de julio, decantando el sur de la provincia por el bando rebelde.

La cuenca minera, entretanto, y tras los acontecimientos de La Pañoleta, lleva a cabo actos criminales, que se manifiestan con mayor crudeza en el pueblo de Campillo, aldea emancipada de Zalamea que ostentaba el nombre de Salvochea.

Desde Sevilla se ejerce una fuerte presión sobre la provincia de Huelva, que se dirigirá con mayor crudeza contra el núcleo anarquista de la mina. Desde Huelva, por el Sur; desde el Castillo de las Guardas, por el Oeste, y desde la Sierra de Aracena, por el Norte, se rodeará la comarca para su ocupación.

Un acontecimiento que se produce por esos días enfrentará los ánimos entre los partidarios de los dos bandos en Aracena y los pueblos de alrededor.

En la cárcel de Los Marines se encuentra encarcelado un militante de izquierdas. Los simpatizantes de la derecha visitan asiduamente la prisión y hacen comentarios burlescos y amenazadores respecto al reo. Los correligionarios de éste en Aracena, enterados de la situación, reclutan partidarios en el pueblo y preparan una marcha hacia Los Marines, donde se entabla una fuerte lucha que culmina con una gran paliza a los derechistas del pueblo vecino. Los participantes en este acto serán buscados por los

nacionales a su llegada para ser objetos de la consiguiente represión: encarcelamiento y ejecución.

En Aracena la situación se disparará el 10 de agosto, día en que un grupo de mineros al mando de Molina y Guerrero llega al pueblo enarbolando la bandera de la revolución anarquista.

Los mineros que entran en Aracena son del Comité de Abastecimiento, que se encarga de incautar alimentos para la cuenca, y del Comité de Defensa, que tiene como cometido recabar las armas existentes en los cuarteles de la Guardia Civil. Traen armas para tomar el cuartel y un camión blindado que porta las siglas FAI, CNT y UGT. Harían lo mismo en Higuera, donde la resistencia de la Guardia Civil produjo enfrentamientos y al menos siete muertos por parte de los rebeldes, además de algunos heridos en los mineros, que serían traídos a Aracena. Cortegana y Jabugo también fueron objeto de la visita de los mineros.

Los acontecimientos en Higuera de la Sierra se desarrollaron tras la llegada de los mineros a Aracena, aunque el mismo día 10 de agosto. Un grupo de milicianos se desplazó a la población higuereña con la intención de incautar las armas a la Guardia Civil, pero la casualidad hizo que un capitán del cuerpo estuviera pasando las vacaciones en el pueblo. Este capitán, al tener noticia de la visita de los mineros, se refugia en el cuartel y dispone la defensa, en la que se producen los sangrientos hechos ya mencionados. Los mineros llevaban un camión que habían requisado en Aracena.

En Aracena, la Guardia Civil, al mando del capitán Cuadrado, se rindió a los milicianos, que amenazan con una ametralladora desde el edificio de enfrente (el antiguo matadero de la calle Rosal) y entran por la parte de atrás.

La llegada de los mineros funciona como un catalizador para los milicianos del pueblo y de las aldeas que se encuentran en Aracena. Ese día se convierte en un símbolo y los exaltados se demadran cometiendo verdaderas atrocidades en las iglesias. Aunque no se mata a nadie, se procede a la destrucción despiadada de los edificios religiosos y de las imágenes. La voz popular indica que esta quema de iglesias evitó la quema de la cárcel y que las pérdidas materiales sustituyeron a las pérdidas humanas.

Según declaración del párroco Antonio López de Tejada a la comandancia militar, los daños causados a las iglesias alcanzaron el valor de 1.167.000 pesetas en 1936.

Se prendieron hogueras dentro de la iglesia del castillo, donde se quemaron dieciocho imágenes de los siete altares que había. Se calcinó el suelo de mármol y se perdió todo el equipo de la Hermandad de la Vera Cruz. Entre las imágenes, la de la Virgen del Mayor Dolor (de cuya quema se acusó a José Luis Domínguez Romero), la del Cristo de la Sangre, San Ginés y Santa Brígida, San Jerónimo, San Crispín y San Cipriano, San Antonio, San Isidoro y San Leandro, San Sebastián, San José, San Expedito y San Francisco de Paula. Enseres de la iglesia y de la Hermandad, además de ropas y ornamentos, también se quemaron.

Se incendió la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, destruyéndose el artesonado del coro bajo, laterales y trascoro, el mármol del suelo se calcinó y quedó dañado por las detonaciones. Se quemaron los retablos y las imágenes en el centro de la iglesia: el retablo mayor, renacentista, de Fernández de Remesal, con dieciséis imágenes montañesinas: el Cristo del Perdón, un apostolado completo, la Magdalena, la Inmaculada y la Asunción. Se quemó el retablo del sagrario, barroco, de 1596, con siete imágenes. Los otros altares y las imágenes del Cristo de la Plaza (siglo XVI), la Virgen y el Evangelista (siglo XV), un San Diego de Alcalá (obra de Remesal), una imagen de la Virgen tallada en un colmillo de elefante que había estado en la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929, una Virgen de los Remedios (de Astorga), un Cristo resucitado y una Virgen con el Niño del siglo XV, policromada en el XVI.

Entre las obras pictóricas quemadas se cuentan un cuadro de la Santísima Trinidad atribuido a Tovar, de la escuela de Murillo; una obra simbólica de las Virtudes, de Valdés Leal; una Cena de Emaús y una Transfiguración del Señor, de la escuela flamenca; un cuadro de San Nicolás de Bari atribuido a Alonso Cano y una Divina Pastora del citado Tovar.

Se destruyeron obras de orfebrería como doce cálices de oro, plata, cristal de roca, filigranas y pedrería; una custodia con el sol de cristal de roca, el viril y el nimbo del pie rodeado de granates finos (regalo de Fray Gabino de Valladares y Mejías, hijo de Aracena y obispo de Barcelona); otra custodia de dos metros de altura y tres cuerpos, la mitra de San Blas,

de plata (1649). Ropajes y vestimenta sacra y un monumento para el Santísimo durante el Jueves Santo, que alcanzaba la altura de la cúpula parroquial.

Se perdió también en la parroquia el irrecuperable archivo parroquial que contenía ejemplares preciosos y documentos del siglo XVI.

La iglesia del Carmen fue saqueada y sus imágenes se quemaron junto a sus enseres en el egido público de La Nava (camino de Castañuelo).

Las iglesias de Santa Catalina y de Jesús María fueron desvalijadas y las monjas que ocupaban sendos conventos sufrieron el exclaustro. También fueron desmanteladas, aunque en menor medida, las ermitas de Santo Domingo, Santa Lucía, San Roque y San Pedro, además de la capilla de las Esclavas Concepcionistas.

No sufrió, sin embargo, ningún tipo de agravio el Asilo de Ancianos Desamparados por estar dedicadas las monjas que lo atendían al cuidado de los servicios del Hospital de la Misericordia.

Aracena, junto a Moguer, fueron las poblaciones que padecieron las mayores pérdidas en cuanto a patrimonio eclesiástico se refiere, de toda la provincia de Huelva.

En las aldeas, la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua, de La Umbría; la de Santa Marina, de Valdezufre y Jabuguillo; la de San Antonio, en Carboneras, y la de la Esperanza, en Corterrangel, fueron saqueadas y se quedaron exclusivamente en el edificio.

Parece ser que la iglesia del Carmen, de Aracena, quedó indemne porque estaba destinada a sede del sindicato, pero si era esa la idea no llegó a realizarse, pues la sede sindical permaneció en la actual calle Blas Infante, en el edificio donde ahora está el Hogar del Pensionista. En el mismo edificio se encontraba el Ayuntamiento.

La importancia del enclave de Aracena para las milicias republicanas centradas en la cuenca minera estribaba en que era el único punto por el cual se podía acceder vía Extremadura a la zona republicana, que todavía ocupaba la franja horizontal del centro de la península. Como centro de

abastecimiento, era Jabugo, por sus industrias cárnicas, el núcleo fundamental de la comarca.

Los mineros permanecieron varios días en Aracena, hasta que las tropas rebeldes se acercan a Higuera de la Sierra. La situación en Higuera, donde el 15 de agosto llegaba la columna Redondo, hacía lógica la presencia de los mineros en Aracena, pero la pérdida de la población higuereña hizo temer el paso siguiente de los nacionales: Aracena.

Los requetés dejaron en Higuera el sello de su actuación con el fusilamiento a las puertas del cementerio de «varios desdichados manchados de crímenes».

En la madrugada del 17 al 18 de agosto, ante la inminente llegada de la columna Redondo, los aracenenses que de alguna forma se habían visto involucrados en los acontecimientos políticos anteriores decidieron marcharse en dirección a Extremadura o Portugal. Algunos, esperanzados aún, se dispersaron por los montes de los alrededores, pero posteriormente tendrían que huir hacia el Norte debido a la represión nacionalista. Antes de irse, habían dejado libres a cuantos estaban en la cárcel, sin matar a un solo hombre.

En Sevilla se habían concentrado fuerzas que venían del Norte de Africa, en lo que sería el primer puente aéreo militar de la historia. A ellas se unieron milicias de requetés, pertenecientes al grupo carlista; grupos de falangistas que se habían estado preparando anteriormente y una gran cantidad de voluntarios que formarían las columnas de ataque. Estas columnas saldrían de Sevilla en forma radial para hacerse con el control de los enclaves situados alrededor de la capital andaluza y posteriormente del resto de Andalucía, de Extremadura y del Sur de Castilla.

El contingente militar que se dirigió a Aracena estaba formado por el comandante de Caballería, retirado por la «Ley Azaña», Luis Redondo; el comandante de la Guardia Civil Luis Garrigós, los capitanes de Artillería Antonio Villa Baena y Puerta, el capitán de Infantería Rodríguez Trasella y el teniente Torres, el capitán de Caballería Ramos Salas, los tenientes Juan Manuel Benjumea y Emilio López Rincón y el alférez Merino, y de la Guardia Civil, el capitán Medina y el teniente Castelló.

Como mandos del Requetés estaban el capitán García de Paredes, el marqués de Marchelina, Enrique Barrau, José León Westmeller y Angel Prados; el teniente Rafael Cotros y, al frente de los ingenieros militares, el alférez Sanz. Les acompañó a Aracena Manuel Fal Conde y estaba con todos ellos el capellán de campaña Bernabé Copado.

Bajo el mando de Redondo, trescientos requetés como fuerza de choque, dos baterías, fuerzas de caballería a pie (que requisaron caballos en Higuera de la Sierra y en Aracena), infantería, ingenieros y algunos miembros de la Guardia Civil.

A las tres de la mañana salieron de Higuera, y en el cruce de La Umbría se partieron en dos grupos: Garrigós llevó el contingente por la carretera general y Redondo se desvió hacia La Umbría y Puerto Moral. El primer grupo no encontró resistencia y pasó, desierta, la aldea de Valdezufre; el segundo grupo encontró algunas dificultades, que salvó sin mayor problema: era el primer intento de resistencia de las milicias populares de Aracena y sus aldeas.

A las nueve de la mañana, ambos contingentes se vuelven a encontrar en el cruce de Marimateos, donde apresaron a un hombre con una escopeta que intentaba colocar un explosivo en la carretera. Su ejecución, junto al lugar de la fallida emboscada, fue el primer acto de represión de los nacionales en Aracena.

Antes de entrar en el pueblo, una vez puesta de nuevo en marcha la columna, un acroplano sobrevoló la zona. Posiblemente fuera una avioneta perteneciente al Aeroclub de Sevilla.

El procedimiento para tomar un pueblo por asalto consistía en una ligera preparación artillera, seguida de una arenga ordenando a la población mediante altavoces que colgaran banderas blancas en las ventanas y sobre los portales, y que abrieran las puertas de par en par.

En Aracena, fueron los miembros de la caballería los que iban arengando al pueblo por todas sus calles.

Cuando se encontraban algún obstáculo enemigo, se realizaba una maniobra envolvente. La operación solía ser suficiente para generar en las desorganizadas milicias defensoras el pánico a ser cercadas y provocar su huida. Esta fue la situación en la Sierra de Aracena, y así tomaron

el pueblo sin que se opusiera ninguna resistencia y «sin disparar un solo tiro».

Parece ser que se realizó un acto de represión que consistió en la muerte de cinco personas, cuyos cadáveres quedaron a la entrada del pueblo, por el lugar donde ahora está el parque. Posteriormente se llevó a cabo el asalto y saqueo de los centros de izquierda y la quema de banderas republicanas y comunistas en la plaza.

Se lanzaron a la calle las pertenencias del sindicato que se encontraban en el Casino de Artesanos, entre ellas la biblioteca, que guardaba gran cantidad de volúmenes, y los enseres que se encontraban en el local comercial «La Bota Grande», situado en la esquina del paseo donde hoy se encuentra una farmacia. También se saqueó la Casa del Pueblo, que se encontraba en San Roque, en el número 28. Se desmanteló el edificio del Ayuntamiento y la sede sindical de la carretera (actual calle de Blas Infante). También se tomaron las casas de algunos dirigentes izquierdistas. Se animaba a los niños a participar en el saqueo, aunque éstos lo hacían un poco coartados por el miedo a las represalias familiares.

Fal Conde y Redondo nombraron una comisión gestora que se haría cargo del Ayuntamiento y que estaría presidida por el adicto al levantamiento Zacarías Rodríguez López y que tendría como gestores a Leonardo Romero Pérez y a Rafael López Alonso. Este Ayuntamiento ya se había gestado entre los personajes que habían sido encarcelados unos días antes. Se proclamó la ley marcial en el pueblo y se reunieron en la sala capitular para tomar posesión, nombrar secretario al que lo había sido en años anteriores, Manuel Domínguez Cruz, y reponer en sus cargos a funcionarios del Ayuntamiento. Eran las once de la mañana.

A continuación se organizó un desfile militar de todas las fuerzas por las calles del centro del pueblo, con el acompañamiento de la banda de música del Requeté. Se realizó un acto en el paseo, en el que Fal Conde dio un discurso al pueblo y a las tropas. Desde ese mismo momento se establece en Aracena la comandancia de la columna, que tendrá su núcleo de operaciones en el Casino de Arias Montano.

Se consiguen listas de miembros de sindicatos, partidos políticos y organizaciones de izquierda. Todas las personas que figuran y no han hui-

do, serán detenidas. Cualquiera del que sólo se sepa que había votado por el Frente Popular en las elecciones de febrero, está en peligro. Ese mismo día se procedió a la detención de al menos quince personas.

Por la tarde, un grupo de unos cincuenta requetés, al mando del comandante Redondo, Fernando Contreras y Manuel Fal Conde, acompañados de Bernabé Copado, se dirigen a Cortecón. En este pueblo habían estado los vecinos al mando del Alparatero y al menos un guardia civil cayó muerto antes de la entrada de los nacionales. Las monjas del colegio de las Esclavas Concepcionistas habían sido respetadas, a pesar de haberse quemado todos los enseres de la iglesia en incendios provocados los días 3 y 11 de agosto. La tropa de Requetés, que había requisado dos camiones en Aracena, llevó a Fal Conde, que dejaba definitivamente esta zona, a Higueruela de la Sierra y volvió a Aracena para la celebración de la misa de campaña en el paseo. En el transcurso del acto, el capitán con funciones de comandante militar Ignacio Rodríguez Trasellas falleció de un ataque cardíaco sufrido tras una insolación. Fue el único muerto del bando nacionalista en aquellos días, y ocurrió por causas ajenas a la guerra.

Durante los días siguientes, Aracena sirvió de centro de operaciones para la toma de Linares de la Sierra, que fue tomada el día 20 y Alájar, donde había sido saqueada la ermita de la Reina de los Angeles, cuyo edificio se ocupó como cárcel. Santa Ana también fue tomada, y tras este pueblo, que ofreció alguna resistencia, se tomaron Almonaster y Cortegana el día 20. La intención estratégica de los militares estribaba en cortar la carretera de Huelva a Badajoz que se cruza con la de Santa Ana a Almonaster. Allí los incidentes con las milicias de la cuenca minera se desarrollaron con más violencia. Sesenta hombres quedaron en el cruce a la defensa de la posición, cortando por el mismo la comunicación de la mina con el paso a Extremadura. Un contingente de mineros atacó, y tras ocho horas de lucha y enfrentamientos el cruce quedó en manos de los rebeldes. Participaron en estos hechos algunos araceneses que se habían unido a las fuerzas de Redondo. Entre ellos, Javier Sánchez-Dalp y Francisco Rincón.

Hasta el día 23 permaneció la tropa en Cortegana, y esa misma mañana partieron hacia El Repilado y Jabugo. Se tomaron ambos pueblos, y tras dejar en cada posición un retén de fuerzas se tomaron Las Chinas y Galaroza. En la aldea de Las Chinas se apoderaron de un camión blindado



que habían dejado por averías los milicianos de Nerva. Volvieron por la tarde a través de Fuenteheridos y Los Marines, que se entregaron sin resistencia.

Redondo descansó en Aracena hasta el día 26, martes, en que se inicia la ofensiva a la cuenca minera desde el Norte. Durante esos días, más de cien personas han sido encarceladas en Aracena y al menos diez han sido fusiladas. Los jóvenes que se han unido al alzamiento son entrenados en el manejo de las armas y se crea el primer cuerpo de la Guardia Cívica. Esta organización se compondrá de guardias civiles, carabineros (en Aracena no había cuerpo de carabineros, aunque posteriormente se instaló este cuerpo en el edificio del Ayuntamiento de Santa Catalina) y voluntarios populares. Con ellos se alista también a jóvenes llamados a filas aunque no fueran adictos al alzamiento. Esta Guardia Cívica será la encargada de controlar el pueblo y sus alrededores en los primeros momentos.

Entre las ocupaciones de la Guardia Cívica, además de la seguridad, está la de hacer patrullas por las noches, efectuar detenciones y dar batidas por los campos de alrededor en busca de los huidos y escondidos en el monte.

Junto a Aracena, en Corterrangel y algo más lejos, en Cortelazor, se forman grupos de voluntarios que también barren el campo en busca de fugitivos.

La Guardia Civil, con los requetés y con la Falange, son los grupos que se encargan de las ejecuciones. Aquí, en Aracena, se realizan de noche y en el cementerio. Más adelante, será la Guardia Civil la que se ocupe de ellas.

La ofensiva definitiva contra la cuenca minera se inicia el 25 de agosto, en que las tropas salen en dirección a Campofrío. Se requisan unos treinta caballos y la comitiva se pone en marcha a las cuatro de la mañana. Al llegar a las inmediaciones del pueblo se realizan una serie de disparos, para lo que se utilizan dos piezas de artillería, y auxiliados por un avión de la base de Sevilla, se dispara y se persigue a los fugitivos. La caballería entra en acción y le siguen los requetés. Entran y toman el pueblo abandonado por los milicianos, que han huido. Los actos de represión no se hacen esperar.

Tras el descanso de la noche, a las cuatro de la mañana, la columna parte hacia Riotinto.

En Riotinto, el avance se hace lento por el temor a posibles emboscadas y a explosivos, pero la dura presión a que se vio sometida la cuenca por parte de Valera, desde Zalamea, de Alvarez Rementería, desde El Madroño, y de Redondo, desde Aracena, mermó las posibilidades de lucha de los mineros. El pueblo, junto a las aldeas que rodean la mina (La Dehesa, El Alto de la Mesa, El Valle y La Atalaya), caen en manos de Redondo sin resistencia.

El Campillo, que, como se dijo anteriormente, durante la República se llamó Salvochea, fue quemado por los requetés. Fue este el único pueblo donde los milicianos llevaron a efecto actos de represión y donde mataron a paisanos en actos no puramente de guerra. Aunque más cruenta fue esta represión a la llegada de los nacionales.

La columna Redondo se dirige nuevamente a Cortegana, desde donde se organizó la toma de Aroche y Rosal de la Frontera. En Aroche también ha existido lucha en los días anteriores. Rosal sería el último pueblo de la Sierra de Aracena en que entraría la columna Redondo.

La vuelta a Aracena se produjo el día 29 de agosto. Y al día siguiente, el domingo 30 de agosto, se fue de Aracena la columna del comandante Redondo y el pueblo queda bajo el gobierno de la Comisión Gestora nombrada el día 18.

Cabe señalar el carácter de objetivo poco importante de la Sierra, nota que se observa por la ausencia de moros entre las tropas de ocupación. Este cuerpo africano será el utilizado en acciones de gran importancia por el ejército de Franco.

Entre las decisiones adoptadas por los nacionales a la llegada a los pueblos cabe destacar la fuerte represión sobre los grupos de izquierda que estaban a cargo de la organización, sobre los militantes en partidos y sindicatos de izquierda, los votantes del Frente Popular y los masones.

Las consignas de Mola y Queipo de Llano desde Sevilla eran claras y contundentes: «Es necesario propagar una atmósfera de terror. Tenemos

que crear una impresión de dominación. Cualquiera que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular, debe ser fusilado.» «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible a un enemigo fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de partidos políticos, sociedades o sindicatos desafectos al movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas.»

El ejército fusiló a mucha gente, pero también lo hicieron bandas armadas de falangistas y carlistas. Los fusilamientos se prolongaron en Aracena hasta septiembre de 1937, al menos.

Las detenciones y ejecuciones se realizaban por la noche. Nadie sabía de qué crímenes serían acusados los detenidos. Nadie sabía si podrían volver a verlos. A veces se sacaba a gente de la cárcel y después se les volvía a meter. No se sabía quién quedaría libre ni quién sería ejecutado. Durante el periodo del 18 al 31 de agosto, constan en el libro de registro de entradas y salidas de la cárcel de Aracena ciento cuarenta y dos detenidos, de los cuales diez o más fueron fusilados. En septiembre, cincuenta y cuatro al menos fueron fusilados y ciento treinta y seis encarcelados. A partir de ese momento, el ritmo de la represión fue disminuyendo, y en septiembre de 1937 fueron fusilados los dos últimos de que hay constancia.

Ciento seis personas constan como fusilados en el transcurso de estos trece meses, pero la falta de control y el carácter urgente y ejemplar de la represión en los primeros días hace pensar en un número mucho más elevado de ejecutados. El testimonio de personas que vivieron aquellos días aporta datos que confirman el mencionado incremento.

Otros, entre ellos algunas mujeres, fueron sometidos a vejaciones como ser pelados o peladas al cero y expuestos a la contemplación pública. Eran paseados por el pueblo y les obligaban a tomar aceite de ricino. No se realizan juicios a los que se sacan de noche para llevarlos a fusilar; solamente, un sacerdote les confiesa antes de ser montados en el camión. Después, el camión los lleva al cementerio, y allí, en el frontal izquierdo, de la puerta a la esquina, son fusilados. Posteriormente son enterrados en una fosa común en el interior del cementerio y en todo el corredor izquierdo. Ninguna inscripción dejaba constancia del lugar ni de los que se enterraban.

Ni siquiera en el registro de enterramiento se inscribían los nombres de los enterrados.

A partir del 10 de septiembre de 1937 se organizan juicios sumarísimos en el edificio de Santa Catalina, donde después estaría el Ayuntamiento.

La situación política en Aracena va a sufrir cambios que romperán con cuanto recordaba a la República. El día 20 de septiembre de 1937, el Ayuntamiento se traslada a la actual calle de la Constitución número 3, propiedad de la marquesa de Aracena.

La Guardia Cívica que se formó con la llegada de Redondo se sometió a instrucciones generales para su organización y la Falange Española de las J.O.N.S. envía al jefe local de Aracena la prohibición de participar a sus milicianos en «fusilamientos y ejecuciones, acto que corresponde exclusivamente a las fuerzas militares».

Durante el resto de 1936 se efectúan batidas a la búsqueda de fugitivos y se localizan fugados en otras zonas donde ha triunfado el alzamiento. Y a partir de 1937 se realizan cambios en los nombres de las calles y se pretende ir normalizando la situación:

La calle Alcalá Zamora pasa a llamarse General Primo de Rivera; la de Antonio Cuba, Avenida de Portugal; la de Canalejas, General Franco; la de Fernando Calonge, General Queipo de Llano; la Plaza Pablo Iglesias, Plaza Calvo Sotelo; la calle Lázaro Labrador, Coronel Moscardó; la de García Hernández, Coronel Aranda; la de Antonio García, Avenida de Alemania; la Avenida de la República, Avenida de Italia; la calle Cánovas del Castillo, José Antonio Primo de Rivera; la de Juan de la Cruz Durán, 18 de Agosto; la de Eduardo Dato, Comandante Haro.

Todos los cambios hacen referencia al bando conquistador durante la guerra.

El día 17 de enero de 1937, el Gobierno Civil de Huelva nombra una nueva Comisión Gestora para el Ayuntamiento de Aracena. Continúa presidida por Zacarías Rodríguez, pero ahora le acompañan como gestores Maximiliano Brioso García y Fidel Rubio Parrillo.

Una de las medidas de castigo que utiliza el bando nacional cuando llega a una nueva población consiste en enviar a aquéllos que no se unieron al alzamiento pero que tampoco tenían vinculación con las izquierdas, al frente de batalla, a primera línea de fuego. Tal fue la suerte que corrió el capitán de la Guardia Civil de Aracena, Cuadrado, que entregó el cuartel sin resistencia a los mineros.

Los voluntarios que se unen a la columna de Redondo y los jóvenes a quienes se llama a filas por levas de quintas marchan a los frentes de Peñarroya-Pueblonuevo y a Ronda, donde algunos permanecerán bastante tiempo.

Peor es la suerte que corren los fugitivos que logran llegar a Extremadura. Allí se concentran grandes masas de huidos en las poblaciones extremeñas del sur, como Jerez de los Caballeros, Fregenal, Fuente de León o Llerena. Aunque existe alguna vía de comunicación con Madrid, no es posible el paso de todos y la permanencia en estos pueblos se prolonga.

Mientras tanto, las tropas nacionales, que al mando de Yagüe han tomado Mérida y Badajoz, continúan su marcha hacia Madrid, Toledo, Guadalajara, Teruel, etc., y no olvidan «limpiar» su retaguardia. Un artículo de Antonio Olmedo publicado en ABC de Sevilla el 20 de agosto del 36, dice literalmente: «Ayer no hubo novedad en el frente, porque nunca pueden considerarse como novedades las operaciones de consolidación y limpieza de la retaguardia.»

En Fuente de León se forma una columna formada por varios cientos de fugitivos acompañados por sus propias familias (mujeres, niños, ancianos, etc.) procedentes de toda la provincia de Huelva, entre los que se encontraba un nutrido grupo de aracenenses. Esta columna fue conocida por el despectivo nombre de «columna Ratón», en clara alusión a su huida. En su intento de pasar a zona republicana campo a través por el frente del norte cordobés, son sorprendidos por una de estas acciones de «limpieza». Algunos son fusilados en los alrededores de Llerena y otros son trasladados a Sevilla como prisioneros, donde serán encarcelados en «el barco».

«El barco» era la cárcel flotante más temida por los milicianos de los pueblos de las provincias de Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba y Badajoz.

Considerado como antesala de la muerte, los allí reclusos apenas tenían que esperar unos días para ser ejecutados. Su nombre, «Cabo Carvoeiro», sería maldito desde aquellos días de 1936 en que fue el último habitáculo de cientos de personas fusiladas por los nacionales.

Unos cuantos pasaron a Portugal, de donde algunos fueron devueltos por el Gobierno Salazar. Un personaje devuelto a España por los *guardinhas* portugueses fue el poeta Miguel Hernández, que fue entregado a la Guardia Civil de Rosal de la Frontera el día 3 de mayo de 1939. Tras permanecer allí varios días, es trasladado vía Aracena a la cárcel de Sevilla y de ésta a la de Alicante, donde moriría en 1942.

El proceso de normalización que se lleva a cabo en Aracena durante 1937, propiciado por la marcha de la guerra y la lejanía del frente de batalla, se ve salpicado por las ejecuciones que se siguen realizando y por un acto que causaría gran impacto en el pueblo: el asalto del coche de Huelva el 13 de agosto de 1937.

Ese día, un grupo de fugitivos asalta el coche de viajeros que viene de Huelva en un lugar de la carretera situado aproximadamente a dos kilómetros de Aracena. Se desconoce si fue un acto de resistencia de guerra o si sólo quieren robar, pero, de cualquier forma, entre los pasajeros iba uno armado, Antonio Luque López, que intentó oponerse al asalto disparando. Los atracadores comienzan un tiroteo asustados por la reacción del viajero. En la refriega fallecen seis personas: el mencionado Antonio Luque, Dolores Valencia López de Guzmán, José Manuel de Estrada y Soler, Manuel Sánchez Rivero, José del Barco Valero y Angel Sierra (cuya lápida aún permanece en el cementerio).

El día 14 se celebra un entierro ostentoso en Aracena. Los cuerpos de los fallecidos se colocan en capilla ardiente en el Ayuntamiento (actual calle Constitución), y desde allí sale un desfile hacia la iglesia del Carmen con los féretros acompañados por falangistas y otros grupos juveniles organizados. Son saludados con el brazo alzado por los asistentes.

El día 25 son fusilados en represalia cuatro personas que estaban en la cárcel: José Román de la Torre, Manuel Díaz, Ginés Rodríguez Domínguez y José García Sevilla. Según algunos, fueron quince los fusilados, aunque no consta la ejecución de los otros once. Las amenazas apuntaban

a un seis por seis que fue reclamado por una comisión particular de vecinos en la ciudad de Sevilla ante el propio Queipo de Llano.

Fue el último acto de resistencia que se produjo en Aracena, del cual las seis víctimas que se registraron fueron utilizadas propagandísticamente por los nacionales.

Un ejemplo del ambiente que se respiraba en Aracena en 1937 se manifiesta en el escaso número de bodas que se celebran en ese año: siete. El aumento en el año siguiente muestra que Aracena va volviendo a la normalidad. A pesar de ello, no se puede olvidar que la represión carcelaria y las huidas en la población no adicta al alzamiento no deja en el pueblo capacidad para la oposición.

## **NORMALIZACIÓN**

Los jóvenes llamados a filas luchan con los nacionales hasta finalizar la guerra (1 de abril de 1939). Su vuelta se produce a mediados de ese año. Los fugitivos, o luchan en el frente de Madrid o se encuentran en Francia recluidos en campos de concentración, de donde serán devueltos a España a partir de 1940 o se han marchado a países sudamericanos, como México.

El regreso a Aracena se hace a través de la cárcel y durante los primeros años de los 40. Los que vuelven son controlados por la Guardia Civil, a quien tienen que presentarse periódicamente: primero, cada día, y a medida que se va observando su adecuación al régimen y su buena conducta se van espaciando más estos controles.

Cuando termina la guerra con la victoria de los nacionales, éstos no sólo han conquistado el territorio nacional, sino también han extinguido y estrangulado cualquier resquicio de republicanismo, cualquier resistencia ideológica. A partir de ese momento los nacionales han ganado la guerra; los demás, lo han perdido todo.

La posguerra, marcada por el hambre, los celos y la miseria, se prolongará hasta los años 50. Las cartillas de racionamiento (que persisten hasta 1952), el estraperlo y el luto por las víctimas (aclamadas las de un bando, silenciadas las del otro) serán componente ineludible de la vida cotidiana.

El odio provocó una guerra, el miedo aún mantiene silencios. Pero nadie de los que la vivieron podrá olvidarla, ni nadie de los que ahora vivimos debemos ignorar lo que ocurrió durante aquellos años.

## **BIBLIOGRAFÍA**

ABC: Doble diario de la guerra civil, 1936-1939.

Anuario Regional (Andalucía), 1931.

Archivo Municipal de Aracena, legajos 1, 2, 3, 4, 21, 27, 73, 77, 78, 473, 726, 727, 728.

COPADO, BERNABÉ (1937): «Con la Columna Redondo. Combates y conquistas. Crónica de guerra».

GÓMEZ MORENO, JUAN: «Nerva. Historia de un pueblo».

MARÍN FIDALGO, ANA, y M. BURGUEÑO, MANUEL: «In memoriam. Manuel Fal Conde».

MONJE Y BERNAL, JOSE (1942): «Siurot».

ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, JUAN (1968): «La apostasía de las masas».

SALAS, NICOLÁS (1992): «Sevilla fue la clave».

THOMAS, HUGH: «La guerra civil española».

Entrevistas con habitantes de Aracena que vivieron los días de 1936 a 1940.